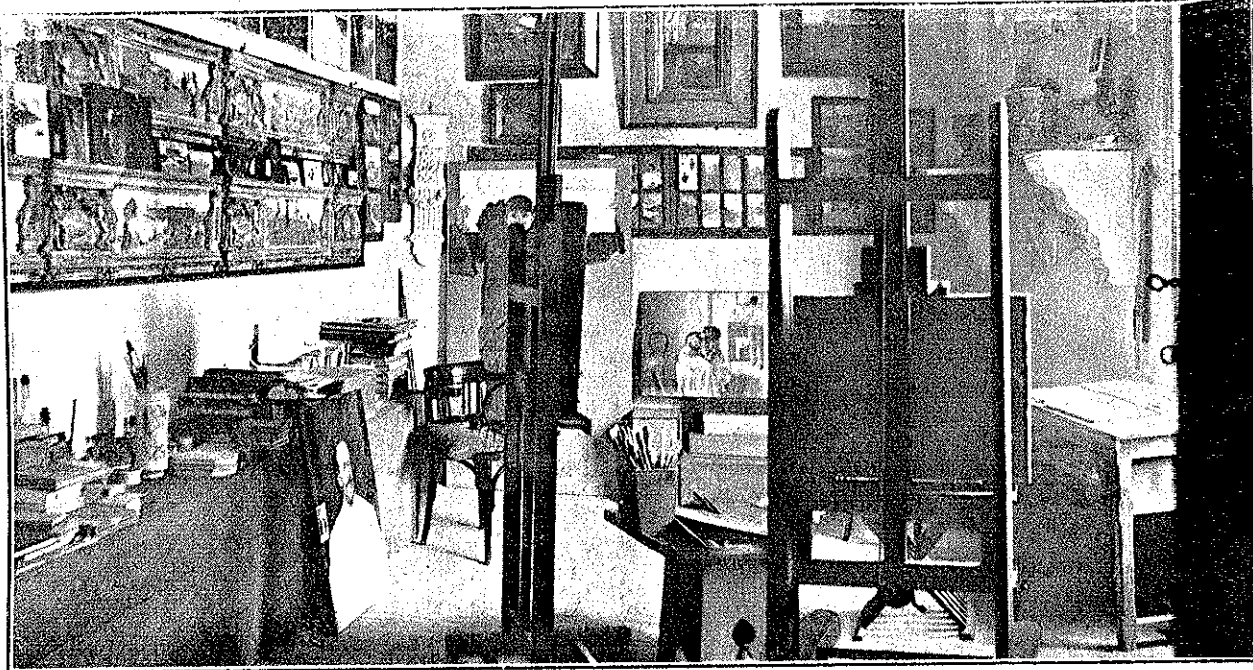


DE UN DIARIO ANÓNIMO

Hablando con el insigne artista, gloria de la Mancha, el pintor Angel Andrade.—Los primeros pasos.—Su labor.—Sus obras maestras.—Sus cuadros p emlados.



UN ASPECTO DEL ESTUDIO.

Fot. R. Pérez

A. Andrade

Lego en el divino arte pictórico, Angel Andrade es, sin embargo, un pintor conocido para el cronista: sus tablillas pintadas en su juventud en Roma y dedicadas a mis padres, las contemplaba yo en el viejo despacho de mi casona pueblerina cuando el primer diente no había empezado a albear entreteniéndome con ellas en los luengos ratos de lloriqueo. Esta familiaridad con sus obras transformose luego en cariño al autor de ellas. Por eso hoy, fiados en la buena acogida, sin previo aviso, sorprendemos al buen manchego en su estudio, rodeado de numerosas revistas artísticas, contemplando una de las últimas obras trazadas por sus mágicos pinceles, dignos de haber sido heredados de Apeles el privilegiado artista de Efeso.

D. Angel sonríe nuestra presencia... quizá adivinando nuestro propósito nos invita a tomar asiento, preguntándonos con pesimismo por nuestros grados de discreción. Contestamos que son muchos por contestar algo y D. Angel, después de darnos unos cariñosos golpecitos en la espalda, se somete a un interrogatorio.

—¿Como empezó V. su carrera artística?

—(Andrade sonríe la inocencia de la pregunta). Empece como todos... Yo tenía un tío maestro de escuela aficionado al dibujo; un día, en ocasión que me encontraba en mi casa pintando monigotes, mi tío fué de visita y por curiosidad se acercó para ver mis trabajos notando en ellos que en mí había vocación, pues aunque estaban mal hechos tenían el mérito de ser su autor un niño maestro de sí mismo. Mi tío habló con mi madre, le propuso el darme al Instituto a estudiar dibujo, y allí empecé llevando mi primer paso artístico bajo la dirección del Sr. Herrero.

—¿Estuvo V. mucho tiempo en el Instituto?

—Alguno... Después marché a Madrid, ingresando en los talleres de Busato y Bonardi, donde me perfeccioné bastante. Aquella época la pasé felizmente...

—Algún amor...

—Ninguno: mi vida en el tiempo que permanecí en la Corte no pudo ser más morigerada.

—¿Pero V. no ha sido bohemio?

—¡Quien piensa! El público cree, tal vez influenciado por las novelas, que el artista tiene que ser un espíritu revolucionario, amante de las orgías y no con cibe un pintor formal, aseado, que es pintor sin necesidad de llevar melenas lacias y un plaston negro por corbata. Durante mi vida nómada no he tenido ni una anécdota digna de vivir aun en mi memoria.

Asentimos con un ligero movimiento de cabeza; pero no pasamos a crear la afirmación de D. Angel. Sus ojos soñadores fueron cubiertos por los párpados, tal vez para que no viésemos a través de ellos la escena que rememoraba el señor Andrade, acaecida en la Roma inmortal, en Venecia la romántica...

—Mis cuadros - continúa D. Angel - son un fiel reflejo de mi vida, son capítulos de mi psicología...

Y al mirar por enésima vez los cuadros inspirados en la Naturaleza, cuadros en los que Andrade sabe «poner — como dijo Vasari hablando del inmortal Leonardo de Vinci — una excelencia sobre otra excelencia, y una perfección sobre otra perfección», éstos nos delatan que su autor es poeta. ¡Quien sabe si el eximio paisajista tiene archivadas poesías inéditas que un día nos cuenten la idiosincrasia del poeta de distinta manera que sus pinceles!

—Diga V. D. Angel ¿durante su permanencia en Roma tuvo compañeros que hayan adquirido celebridad?

—Sí; por aquellos años compartí mis alegrías y penas